

Rodr. Lucrecia

Lucrecia y el Mago

la  
Artemio, corregidor de Augustólida de Egipto, en tiempo que elegirás dentro del crepúsculo de Roma, era un neófito cristiano. A la sombra de su severa ancianidad, vivía, en condición de pupila, Lucrecia, cuyo padre, muerto cuando ella estaba en la niñez, había sido conmi-- litón y amigo de Artemio. No defraudaba esta Lucrecia el esplendor de tal nombre. Antes se le adelantaba por la calidad de <sup>una</sup> virtud tan cándida, igual y primorosa, que tenía visos y reflejos de beatitud. Un día, llegó a casa de Artemio un religioso de algún culto orien-- tal: babilonio, astrólogo, o quizá mago caldeo, de los que por el mundo romano vagaban a ña-- diendo a su primitivo saber retazos de la helénica cultura y profesando artes de adivinana-- ción y encantamiento. El corregidor le recibió de buen grado: la religiosidad de estos ~~---~~ cristianos de Oriente solía darse la mano con la afición a cosas de hechicería. Oyendo - decir al mago que, entre las capacidades de su ciencia, estaba la de poner de manifiesto lo que las almas encerraban en su centro y raíz más <sup>apartados de</sup> ~~apartados~~, la sospecha común, Artemio hizo comparecer a Lucrecia, movido del deseo de saber qué prodigiosa forma tomaba, en lo radical y más denso de su espíritu, la esencia de su raro candor. El mago declaró que sólo precisa-- ba una copa que ella colmase de agua por su propia mano, y que bajo la diafanidad del agua-- vería pintarse, como en un limpio espejo, el alma de Lucrecia.

Artemio  
--Veamos,--dijo ~~Artemio~~--qué estrella de inocente fulgor, qué cristalino manantial, qué manso cordero, ocupa el fondo de esta alma...--Fue traída la copa, que Lucrecia llenó de agua hasta los bordes, y hecho esto, el mago concentró en la copa la mirada, y la donce-- lla y su tutor anhelaron oír lo que decía.  
(empezó)  
--En primer término, ~~Artemio~~ veo, como en todas las almas que he calado con esta segunda -- vista de mis ojos, una sima o abismo comparable a los que estrechan el paso del viajero en los caminos de las montañas ásperas. Y allá, en lo hondo, en lo hondo-- <sup>interrumpiose</sup> ~~interrumpiose~~ vacilando un momento--¿lo digo?--preguntó después. Y como Artemio inclinase la cabeza,-- Pues lo que veo--continuó--en las profundidades de ese abismo, es una alegre, briosa y - resplandeciente cortesana. Está acostada bajo alto pabellón, de los de Tiro; y duerme. Vis-- te toda de púrpura, con el desceñimiento y transparencia que, más que la propia desnudez, ~~se~~ sirven de dardo a la provocación. Un fuego de voluptuosidad se deborda de sus ojos velados por el sueño, y enciende, en las comisuras de sus labios, como dos llamas, entre las que



Rodó Lucrecia

se abre la más divina e infernal sonrisa que he visto. La cabeza reposa sobre uno de los -- brazos desnudos. El otro sube en abandono, todo entrelazado de ajorcas que figuran víboras -- ondeantes, y entre el pulgar y el índice alza una peladilla de arroyo, sangrienta de color, que es de los signos de Afrodita. Eso es lo que esta alma tiene en lo virtual, en lo espec- tante, en lo que es sin ser aún: en ~~XXX~~ fin. Artemio, en la sombra de que quisiste saber -- por artes mías...

--Vil impostor!--gimió en esto Lucrecia, llenos de lágrimas los ojos: ¿tu ciencia es esa? ¿tu habilidad es infamia? Traigan una brasa de fuego con que probar si pasa por mis labios pa- labra que no sea de verdad, y díganme decir si anida en mí, intención o sentimiento que guar- de relación con la imagen que pretende haber visto dentro de mi espíritu.

--Calle, pobre Lucrecia--arguyó el mago--¿acaso es menester que tú lo sepas? Tú dicas verdad y yo también.

~~Artemio~~  
--Justo será entonces--dijo ~~Artemio~~ --menospreciar las promesas que nos cautivaban y prepa- rar nuestro ánimo a la decepción?

--No pienso como tú--replicó el mago; ¿quién te asegura que la cortesana despierta?

--Digo, por si despierta, --añadió Artemio--.

--Señor,--renuso el mago,--yo te concedo que eso pase; pero yo vi también en el fondo del - alma de esa hetaira dormida que está en el fondo del alma de Lucrecia; y vi otro abismo, y en el ~~fondo~~ seno del abismo una luz, y como envuelta y suspendida en la luz, una criatura suavísima, por la que elampo de la ~~nieve~~ se holgara de trocarse, según es de blanca. Jun- to a esta ~~de~~ <sup>dea</sup> mujer sin sexo, puro espíritu, juzgarías sombra el resplandor de la virtud, de Lucrecia; y como la cortesana en tu pupila, ella, ella, en la cortesana. duerme...

~~XXXXXX~~----Infiere de ahí--dijo el corregidor--que aun con el despertar de la cortesana, ¿po- drían resucitar sahumadas nuestras esperanzas en Lucrecia? Demos gracias a Dios, ya que en el extravío de su virtud hallamos el camino de su santidad.

--Sí--volvió a decir el mago--;pero no olvides que, como en las otras, hay en el alma de e- sa forma angélica un abismo al cual puedo yo asomarme.

--¿Y quién--preguntó Artemio--es la durmiente de ese abismo?

--Te lo diría--opuso el mago--si fuera bien mostrar a los ojos de Lucrecia una pintura de abo-

minación. Piensa en la escena de la Pasifae corintia de Lucio; piensa en mujer tal que para con ella la primera cortesana sea, en grado de virtud, lo que para la primera cortesana es Lucrecia.

--¡Me abismas--prorrumpió Artemio,--en un mar de confusiones! ¿Qué extraña criatura es ésta que la amistad confió en mis manos?...

--Cesa en tu asombro--dijo finalmente el mago, acudiendo a reanimar a Lucrecia que permanecía sumida en doloroso estupor--; ella no es ser extraordinario, ni las que has visto por mis ojos son cosas que tengan nada de sobrenatural o peregrino. Con cien malvados, --que durmieron siempre, en lo escondido de su sér, subió a la gloria cada bienaventurado; y con cien justos, que no despertaron nunca, en lo hondo de sí mismos, bajó a su condenación cada réprobo. Artemio: nunca estimules la seguridad, en el justo; la desconfianza, en el caído; todos tienen huéspedes que no se les parecen, en lo oculto del alma. Veces hay en que el bien consiste en procurar que despierte alguno de esos huéspedes; pero las hay también ( y esto te importa) en que turbar su sueño fuera temeridad o riesgo inútil. El sueño vive en un ambiente silencioso; la inocencia es el silencio del alma; ¡haya silencio en el corazón de Lucrecia!...